

LAS GUERRAS APACHES

DAVID ROBERTS

LAS GUERRAS APACHES

**Cochise, Jerónimo
y los últimos indios libres**

Traducción de Ignacio Alonso

Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título Original:
Once They Moved Like The Wind

Diseño de la cubierta: Jordi Sábat

Primera edición: julio de 2005

© David Roberts, 1993, 1994
© de la traducción: Ignacio Alonso Blanco, 2005
© de la presente edición: Edhasa, 2005

Avda. Diagonal, 519-521	Paraguay, 824, 6° Piso
08029 Barcelona	1057 Buenos Aires
Tel. 93 494 97 20	Tel. (11) 43 130 716
España	Argentina
E-mail: info@edhasa.es	E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ISBN: 84-350-2677-9

Impreso en Hurope, S.L.
sobre papel offset crudo de Leizarán

Depósito legal: B-20.223-2005

Impreso en España

A los apaches de Arizona, Oklahoma
y Nuevo México.
Con tristeza por lo que habéis perdido
y con profundo respeto por lo que habéis
preservado.

Índice

Agradecimientos	13
Prefacio	15

PRIMERA PARTE LA VOLUNTAD DE COCHISE

La lona rasgada	23
La marmita negra	37
Tortura	57
El desconocido Cochise	67
1871	83
Un general a lomos de una mula	105
Éste es el hombre	123
Jerónimo en alza	145
El fin de Cochise	171

SEGUNDA PARTE EL PODER DE JERÓNIMO

Pato Mareado	203
Jerónimo encadenado	227
Victorio	239
El Soñador	269
En la Fortaleza	285
Lobo Pardo ataca	307
Turkey Creek	339
El cañón de los Embudos	361

El cañón de los Esqueletos	387
Epílogo	423
Notas	447
Bibliografía	495
Índice onomástico	505

«Antes me movía por ahí como el viento.
Ahora, me rindo a ti. Eso es todo».

Jerónimo,
en su capitulación ante
el general George Crook.

Agradecimientos

Mantengo una gran deuda con los eruditos que cito en las notas y fuentes bibliográficas de este libro; en particular a investigadores tan perspicaces como Dan L. Thrapp, Edwin R. Sweeney, Eve Ball, Angie Debo, Greenville Goddwin, Morris Opler, Keith Basso, Robert M. Utley y C. L. Sonnichsen. Estos escritores han excavado sin regatear esfuerzos en las sepultadas venas del suroeste de Estados Unidos hasta explotar todo un yacimiento de hechos históricos. Las conclusiones de esta obra se han logrado mediante la fundición y amalgama de su filón de conocimientos.

También un importante número de cronistas pertenecientes a las diferentes reservas apaches me han obsequiado con su generosidad. Destacan Ouida Miller, nieta de Jerónimo, quien me otorgó su confianza y saber, al igual que Berle Kanseah, Edgar Perry y Elbys Hugar, nieta de Naiché. Wendell Chino, presidente del consejo tribal de los apaches mescalero, facilitó mis investigaciones, así como Ronnie Lupe y el consejo tribal de la reserva de los apaches montaña blanca. Mildred Clerghorn me proporcionó una espléndida visión del legado chiricahua, que ha ido pasando de mano en mano a través de generaciones exiliadas de su propia tierra, y Genevieve (Sunny) Wratten me abrió los cofres del notable conocimiento que poseía su padre como intérprete de los chiricahua.

Tres personas de Tucson, Jay Van Orden, Barney Burns y el difunto Tom Naylor, expertos en el pueblo apache, dieron lo mejor de sí mismos para ayudar a que mis investigaciones llegasen

a buen puerto cuando comencé el trabajo. Del mismo modo, Neil Goodwin compartió conmigo las interpretaciones que sirvieron para asesorar su soberbio documental *Geronimo and the Apache Resistance*, así como la herencia cultural recibida de su padre, Greenville Goodwin, el primer etnógrafo del pueblo apache.

La plantilla de la Sociedad Histórica de Arizona me facilitó pródigamente los recursos de la más importante colección de materiales apaches que existe. Su cooperación y consejo han representado para mí el modelo ideal de cómo un gran archivo puede ayudar a un investigador. El personal de las bibliotecas de las universidades de Arizona, Nuevo México, Colorado y Harvard se prestaron gentilmente a ayudarme, lo mismo que Steve Wilson, del Museo de las Grandes Llanuras, y la plantilla del museo de Fort Still y de la Obra Histórica Nacional de Fort Bowie.

Terry Moore fue una espléndida compañía durante la excursión en búsqueda de las huellas de Jerónimo, llevada a cabo en Sierra Madre. El entusiasmo fotográfico de Bruce Dale contribuyó a lograr una próspera colaboración para la revista *National Geographic*. Erla Zwingle, mi editora en esa revista, y Mark Bryant y John Rasmus, de la revista *Outside*, fueron los primeros en obsequiarme con su apoyo incondicional.

John Krakauer, Sharon Roberts y mi incansable agente, Max Gartenberg, leyeron mi manuscrito capítulo a capítulo y aportaron valiosas propuestas. Mi editor en Simon & Schuster, Bob Bender, supervisó cuatro años de investigación con la benigna paciencia y el convincente ingenio que permiten a más de un escritor, cuando encara el reto de la página en blanco, que tome su pluma y se decida a comenzar.

Prefacio

En el verano de 1886 pudo contarse el número de componentes de la partida de guerra de Jerónimo: treinta y cuatro personas, mujeres y niños incluidos. Ese pequeño grupo de apaches chiricahua fue la última banda de indios libres que hizo la guerra al gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica. Estos «renegados», como los llamaba el hombre blanco, fueron acosados sin piedad por cinco mil soldados de caballería de EE.UU. (una cuarta parte del total de su ejército) y unos tres mil soldados mexicanos. Por usar una expresión coloquial, se puede decir que el pequeño grupo de apaches hizo «sudar tinta» a las fuerzas combinadas de estas dos grandes naciones. Durante más de cinco meses no fueron capaces de capturar ni a uno solo de los componentes de la banda de Jerónimo; ni siquiera a un muchacho.

La odisea de estos apaches fugitivos estaba condenada a ser una causa perdida, y así fue. De este modo, el triste destino de la banda de Jerónimo fue escribir el capítulo final de una lucha que duraba ya un cuarto de siglo; un enfrentamiento basado en la traición y los malentendidos. El castigo inflingido al pueblo chiricahua por su negativa a doblegarse no tuvo parangón en toda la historia de ningún otro pueblo nativo de los Estados Unidos de Norteamérica.

La historia de la resistencia de los chiricahua es la mayor gesta de todas las que componen la historia al norte del río Bravo. En esencia, trata de lo épico y lo trágico tal como los griegos de la Antigüedad concibieron estos géneros. Hasta ahora se han escrito

cientos de obras acerca de los apaches, pero muy pocas han llegado a reflejar los aspectos básicos que forjaron su historia; la mayoría se pierden en detalles de los despliegues de tropas regulares y las incursiones indias dejando de lado el aspecto humano de los bandos contendientes, blancos e indios.

Como la mayoría de las tragedias que provocan el fin de una cultura, las causas de la guerra entre los Estados Unidos y los chiricahua se fundaron en una serie de errores de apreciación. Tras varios años de experiencia con los indios, tanto exploradores como hombres de estado y soldados llegaron a la conclusión de que conocían la verdad de la naturaleza apache. La única verdad que estos llamados «expertos» pudieron comprender fue el reflejo de sus propios prejuicios y temores. Hoy en día, leemos sus declaraciones (y las hay a miles), como un atribulado conjunto de testimonios falaces.

—Se ponen en peligro como sólo la gente que no cree en la existencia de Dios, o del infierno, puede hacerlo.

Misionero español (c. 1600).¹

—Su carácter recuerda al del lobo de las praderas... merodeador, cobarde y vengativo. Siempre están dispuestos a asesinar a mujeres y niños.

Samuel Woodworth Cozzens, viajero (1858).²

—Son los más pícaros indios del continente: traicioneros, siempre sedientos de sangre, brutales y con una increíble propensión al hurto.

George Bailey, agente indio (1858).³

—Un apache sólo conoce dos emociones: miedo y odio.

Teniente Walter Scribner Schuyler (1873).⁴

—Son una raza miserable, brutal, cruel, embustera y totalmente despiadada.

General John Pope (1880).⁵

—Los cobardes apaches se acercan a sus víctimas reptando como serpientes sobre la hierba. A sus prisioneros los torturan hasta la muerte o les arrancan la cabellera y los mutilan de las más crueles maneras imaginables. Nunca se ha sabido que ellos, los apaches, muestren el menor signo de humanidad o buena fe.

William A. Bell, explorador (1870).⁶

—Ningún indio de la costa del Pacífico sabe contar mucho más de diez, los apaches pueden contar hasta diez mil con la misma facilidad que lo hacemos nosotros.

Historiador de Arizona (1884).⁷

—Son [los apaches] los más astutos y mañosos animales del mundo, y además cuentan con la inteligencia de los seres humanos.

Comandante Wirt Davis (1885).⁸

—Un apache puede afrontar la muerte con un estoico gruñido, pero no hay nada que los aterrorice más que ser encarcelados.

Periodista (1886).⁹

El error fundamental a la hora de explicar la resistencia de los apaches ha sido la total incapacidad del hombre blanco para comprender la triste historia de este pueblo desde el punto de vista de los chiricahua. Ni un solo cronista se habría hecho eco o se habría erigido en denunciante de las racistas declaraciones antes expuestas, de no ser por los atormentados remordimientos colectivos que sacudieron a nuestra sociedad allá por los años sesenta. La consecuencia de este movimiento radical es la aceptación de la injusticia cometida con los nativos y ha desembocado en una imagen este-

reotipada tan falaz como los argumentos de nuestros antepasados: la del indio como el buen salvaje que vive en total armonía con la naturaleza.

Gracias a la labor de eruditos como Grenville Goodwin, Morri Opler, Keith Basso, D.C. Cole, y la sobresaliente Eve Ball, cualquier tribu que no sea apache goza de un prestigio nunca antes conocido, pero nadie parece interesarse por aportar el punto de vista de los chiricahua. Tampoco vamos a disculpar a los hombres retratados en las siempre llamativas ilustraciones que, en nuestros relatos, representan a personajes reales, personas de carne y hueso que lucharon y combatieron.

El propio Cochise es un personaje escurridizo para los historiadores. Es muy difícil separar lo legendario de lo real y confirmar, detalle tras detalle, los sucesos de la vida del mayor jefe apache del que se tenga noticia. En los últimos años, por otra parte, ha surgido una corriente revisionista con tendencia a conceder mayor relevancia a jefes apaches menos conocidos, como Juh o Victorio, en detrimento de Jerónimo, cuyas acciones se están tratando como incidentes sobrevalorados.

La presente obra se opone a esta corriente revisionista, pues Jerónimo vivió en el siglo XX y legó un abundante caudal de anécdotas y testimonios. No hay una figura tan interesante y contradictoria en toda la historia del Oeste americano de la última mitad del siglo XIX. Es muy probable que, tal como apuntan sus detractores, Jerónimo no llegase a ser un jefe, e incluso es posible que fuese manipulador, vanidoso, cruel y vengativo. Podemos conceder también que sus actitudes rozaban a veces lo cómico y lo patético, pero, precisamente por todo esto, Jerónimo continúa cabalgando aún por los desiertos del sudoeste norteamericano, llenando nuestra imaginación colectiva de pesadillas sobre la fatalidad del Destino. Esta obra intenta mostrarlo tal como lo ven los apaches actuales: uno de los héroes de la historia estadounidense.



PRIMERA PARTE

LA VOLUNTAD DE COCHISE

Capítulo 1

La lona rasgada

No fue una confrontación equilibrada.

El anfitrión, sentado tenso y rígido dentro de una tienda de campaña militar hecha de lona, tenía sus pantalones azul oscuro sucios por el polvo acumulado tras cinco días de marcha. Era el alférez George N. Bascom. El militar tenía pobladas cejas, la mirada fija y refulgente de un fanático, y lucía una puntiaguda y cerrada perilla con la que trataba inútilmente de conferir seriedad a un rostro casi infantil. Era natural de Kentucky,¹ tenía unos veinticinco años y hacía dos que se había graduado en la academia militar de West Point. Tan sólo había servido cuatro meses en territorio indio y ésta era su primera oportunidad de mostrar su temple.

Su huésped bebía tranquilamente el café que Bascom le había servido. Era un apache de nariz aguileña, altos pómulos y frente despejada que doblaba al oficial en edad; un hombre alto dentro de la media de su raza (1,78 metros) con casi 80 kilos de impactante y recia musculatura.² Su pelo, largo y negro, le llegaba a los hombros y llevaba tres grandes aros de latón en cada oreja. Su rostro mostraba una impresionante gravedad y nunca sonreía.

Él era el más grande de los jefes apaches del momento. Su propio pueblo, los chiricahua, lo recordaría con una mezcla de miedo y sobrecogimiento. «Su mirada era suficiente para bajarle los humos al más escandaloso miembro de la tribu chiricahua»,³ nos cuenta un observador blanco. Un niño apache, que por

entonces tenía cuatro años, nos relata setenta y cinco años después el momento en que le mostraron el gran tipi del jefe: «Me pareció como si la vida de una persona no fuese lo bastante valiosa como para tan siquiera mirarlo».⁴

Los chiricahua lo llamaban *Cheis*, vocablo que significa «roble», en alusión no tanto al árbol o a su madera, como a la fortaleza que se le atribuye. Los anglohablantes le añadieron un prefijo, lo adaptaron a su lengua y así se le conoce desde entonces: Cochise.

Era el día 4 de febrero de 1861. El alférez Bascom instaló su campamento entre los matojos de la ribera del Shyphon Canyon, justo al este del profundo desfiladero que une el valle de Sulphur Springs con la cuenca del río San Simón, en lo que hoy constituye el sudeste de Arizona. Grandes cúmulos de hojas arrastradas por el gélido viento se amontonaban sobre el pedregoso y reseco lecho del río. Hacía mucho frío, como siempre que se avecina una nevada; en una semana, a lo sumo, las ventiscas procedentes de las montañas occidentales barrerían la comarca.

George Bascom había llegado un día antes y se había cuidado de ocultar su presencia a los encargados de la estación de diligencias de Butterfield,⁵ un edificio construido de piedra ubicado a menos de dos kilómetros de distancia, pues el joven oficial había alegado que él, junto a una compañía de cincuenta y cuatro hombres del 7.º Cuerpo de Infantería, habían sido trasladados a río Bravo, mucho más al este. Según sus propias palabras, solamente deseaba recibir la visita de Cochise y poder ofrecerle la hospitalidad de su tienda.

El jefe chiricahua era un hombre cauto, había pasado toda su vida envuelto en intermitentes luchas con los mexicanos, hacia quienes, debido a sus traiciones y pusilanimidad, sentía un resignado desprecio. Pero con los ojos blancos, así conocían los apaches a los angloamericanos que comenzaban a fluir hacia sus territorios desde el este, con los ojos blancos era distinto. A pesar de su profundo malestar causado por la arrogante invasión de sus tierras, el

jefe apache sentía verdadero deseo de llegar a un acuerdo de convivencia. Había confraternizado con los empleados de la cercana estación de Butterfield, incluso es posible que fuese contratado como proveedor de leña para la parada de postas.⁶

De este modo, Cochise llegó a la tienda del oficial con un talante amistoso y acompañado por su esposa, su hermano, dos sobrinos y sus dos hijos pequeños, y el alférez Bascom le sirvió la cena y un café.⁷

De pronto, el tono del mozalbete embutido en un uniforme azul oscuro se volvió acusador y le exhortó a que devolviese el ganado que había robado y también al niño de doce años que había secuestrado. Cochise le contestó que no sabía de qué le estaba hablando, pero se ofreció a averiguar quiénes fueron los autores de tales fechorías y a negociar tanto la devolución del niño como la del ganado. De nada sirvieron las propuestas del jefe indio, Bascom ya se veía coronado de laureles y le dijo que tanto él como sus familiares estaban arrestados hasta que no se recuperasen las propiedades robadas. La tienda del alférez estaba rodeada de soldados como parte del plan.

La reacción de Cochise fue instantánea. Sacó un cuchillo que llevaba oculto y, con el mismo movimiento, rasgó la lona de la tienda, lanzándose al exterior. Los asustados casacas azules hicieron fuego. Alrededor de cincuenta cartuchos atravesaron el gélido aire de febrero mientras Cochise desaparecía con presteza entre los matorrales que crecían en la colina situada inmediatamente detrás del campamento. Cuando el humo de la pólvora comenzó a disiparse, los soldados lo vieron huir herido en una pierna, pero ninguno de ellos lo persiguió. Cochise había huido tan rápido que cuando alcanzó la cumbre de la colina todavía tenía en la mano su taza de café.⁸

Los seis familiares del jefe chiricahua fueron hechos prisioneros.⁹ Una hora después, Cochise se dejó ver en lo alto de otra colina pidiendo que le dejaran ver a su hermano. Bascom le

respondió con un nutrido fuego de fusilería. Un testigo presencial nos cuenta:

—Cochise alzó una mano y juró vengarse. Luego gritó: «La sangre india es tan buena como la blanca», y desapareció.

Junto con las fallidas maniobras de las siguientes dos semanas, producto del inquebrantable tesón de Bascom, se escribió el guión para un período de malentendidos y terror que se extendería por el sudoeste de Estados Unidos durante los doce años siguientes.

★ ★ ★

El chico cuyo secuestro provocó el desastre era conocido en 1861 como Félix Ward y su vida entraría y saldría del escenario de las Guerras Apaches durante un cuarto de siglo, aunque siempre como actor secundario. A pesar de no ser una figura relevante, su papel fue tan siniestro, y tan crucial, como el de una de esas figuras menores de las tragedias griegas con cuyas acciones tropezaban los héroes y los llevaba a la perdición. Este personaje es uno de los más enigmáticos dentro de la larga crónica de la historia apache. Todo indica que vivió en Arizona hasta su muerte (1915) sin molestarse en compartir sus experiencias con nadie que pudiese haberlas recopilado en un documento.¹⁰ Un pionero que lo conoció en sus últimos años, allá por 1906, lo describe como «un viejo vagabundo y desaliñado que depende del gobierno».¹¹

Félix Ward era lo que por entonces se solía conocer como un mestizo. Era hijo adoptivo de un rancharo nacido en Irlanda llamado John Ward y, al ser pelirrojo, mucha gente creía que era medio irlandés y medio mexicano. Pero lo cierto parece ser que su padre era un apache y su madre una prisionera mexicana, que, tras seis años de cautiverio entre los indios, logró huir de sus captores llevándose al niño consigo.¹² Con el tiempo, pasó a ser la eventual pareja del rancharo John Ward, quien comenzaba a explotar un rancho en las cercanías del río Sonoita, a unos sesenta

y cinco kilómetros al sudoeste de Tucson (Arizona).

El chico era tuerto del ojo izquierdo; unos dicen que nació así,¹³ mientras otros creen que fue el resultado de algún desafortunado encuentro con un oso acaecido durante su juventud. Un día de febrero de 1861, Félix Ward fue capturado por unos indios que también habían robado una veintena de reses. Unas fuentes indican que había huido del rancho de su padre adoptivo, un alcohólico que le pegaba.¹⁴ Otras, en cambio, afirman que estaba vagabundeando por los alrededores de la propiedad de su padrastro intentando capturar un *burro** perdido cuando fue raptado.

Con gran indignación, John Ward se presentó en Fuerte Buchanan, diecisiete kilómetros al norte de su propiedad, para denunciar la desaparición del muchacho.¹⁵ El ranchero estaba convencido que habían sido los chiricahua quienes perpetraron ambos delitos, a pesar de que Cochise estaba acampado al menos a ciento treinta kilómetros de allí. Los soldados del fuerte propusieron seguir el sendero de los depredadores hasta alcanzar el campamento de los chiricahua, y así fue como Bascom recibió su fatídico encargo.

Ninguna de las personas que conocieron a John Ward tenía buena opinión de él. Algunos declararon que fue expulsado de California por el comité de vigilancia del territorio.¹⁶ Uno de los primeros historiadores de Arizona lo describe como «un hombre despreciable en todos los aspectos».¹⁷ Los apaches declararían más tarde que el secuestro de su hijastro «probablemente no fuese tan importante para Ward como el ganado que le habían quitado».¹⁸ Parece ser que Ward, a pesar de los testimonios, cabalgó junto a Bascom y quizá sirviese como intérprete para él.

Aunque las andanzas de Félix Ward fueron totalmente desconocidas para los blancos hasta trece años después de la confrontación de Siphon Canyon, los apaches sí sabían qué había sido de

* En cursiva, los términos en español en el original. (N. del T.)

él. Cochise dijo la verdad a Bascom, él no lo secuestró. Los cuatrerros y raptos eran miembros de una tribu totalmente distinta, apaches occidentales, que cuidaron del chico durante el resto de su infancia.¹⁹ No sería hasta 1874 cuando Félix Ward regresó con los de su raza; lo hizo bajo el nombre de Mickey Free y se ofreció al ejército como explorador e intérprete.²⁰ Fue desempeñando estas funciones, así como su posterior labor como «espía oficial», donde cometió sus oscuras fechorías.

Un veterano que trabajó con Mickey Free en 1880, dijo de él: «Una criatura indolente [,] el tipo más repulsivo que uno se pueda imaginar».²¹ Félix Ward, desde entonces Mickey Free, creció hasta convertirse en un hombrecillo bajo, delgado y desdenoso con una guedeja de pelo larga y sucia colgándole sobre su ojo ciego, que siempre vestía una indumentaria raída y quien, además de estas poco afortunadas características, hacía gala de un carácter mezquino. No resulta difícil sentir cierta lástima por este marginado social, este paria que se encontraba mezclado en tres culturas, con tres idiomas distintos si contamos el español que hablaba su madre, sin llegar a pertenecer del todo a ninguna de ellas. Los que más lo trataron fueron los apaches y éstos desconfiaban totalmente de él, pues «era incapaz de mostrar la menor lealtad», según palabras de uno que lo conoció personalmente.²² En parte, la antipatía que despertó entre los indios surgió de su inocente papel como cautivo de doce años de edad. Él fue, según las palabras de los apaches: «El coyote que fue secuestrado y llevó la guerra a los chiricahua».²³ Entre los blancos, su reputación no era más favorable: «no se puede describir con un lenguaje correcto», fueron las palabras que usó el jefe de exploradores que lo tuvo a sus órdenes para referirse a él.²⁴

Mickey Free cometió fechorías de gran alcance, las cuales resultan difícilmente comprensibles ante la aparente falta de justificación de las mismas. Quizá, como Iago en la tragedia de Shakespeare, sufría algún tipo de herida secreta; una especie de odio

contra el mundo instigado por el daño que sufrió durante su juventud, que lo empujaba a devolver el dolor sólo por el placer de ver las cosas desmoronarse en torno a él.

★ ★ ★

Antes del anochecer de aquél 4 de febrero, Bascom ordenó levantar el campamento de Siphon Canyon y movilizó a sus hombres casi dos kilómetros río arriba, hasta la parada de postas.²⁵ Al suponer que estaba desarrollando un combate, el teniente buscó refugio entre los muros de piedra de la estación. A la mañana siguiente, Cochise, a la cabeza de un gran número de guerreros, se apostó en una colina cercana, pero, en lugar de atacar, el jefe apache alzó una bandera blanca. Comandados por Bascom y Cochise, dos grupos de cuatro negociadores se encontraron en un punto situado a unos cien metros de la estación. Cochise suplicó la liberación de sus familiares. Bascom le garantizó su puesta en libertad «en cuanto el chico fuese rescatado». Las protestas de Cochise alegando que no tenía la menor idea de quién pudiera ser aquel Félix Ward resultaron vanas.

Un veterano mayoral de diligencias de Butterfield observaba la estéril negociación. Este hombre se llamaba James Wallace, era diez años mayor que Bascom, conocía a los apaches mil veces mejor que Bascom, hablaba apache y contaba a Cochise como uno de sus amigos. La exasperación que debió sentir ante la inflexibilidad del oficial debió de ser lo que le impulsó a actuar. Junto a otros dos empleados de Butterfield, decidió hacerse cargo de la negociación.

Este movimiento alarmó a los apaches, pero también les concedió una oportunidad. Unos guerreros indios, escondidos en una quebrada cercana, trataron de capturar a los hombres de Butterfield. Wallace fue hecho prisionero, pero los otros dos lograron zafarse y huyeron a toda prisa hacia la estación. Al primer signo de alboroto, Cochise

y su trío de aliados se apresuraron a ponerse a cubierto. Bascom ordenó abrir fuego y los apaches apostados en la colina sur respondieron con una cerrada descarga.²⁶ Uno de los empleados de la estación de postas fue herido en la espalda, pero sus compañeros lograron ponerlo a salvo.²⁷ El otro fue menos afortunado. Los asustadizos soldados de Bascom sabían tan poco acerca de los apaches como el propio oficial. Nadie les había dicho que era casi imposible que los apaches atacasen una fortificación. Entonces el tercer hombre de la estación de Butterfield alcanzó los muros de la parada y los trepó totalmente desesperado. Los soldados lo confundieron con un enemigo y le dispararon a quemarropa, matándolo.

Aquella noche, las aturulladas tropas vieron fogatas a lo lejos y escucharon los desgarradores gritos de lo que pensaban era una danza de guerra. Se prepararon para la batalla que tendría lugar al día siguiente. Pero a las doce del mediodía del 6 de febrero, Cochise apareció de nuevo en lo alto de la colina. Esta vez llevaba a Wallace, cuyas manos estaban atadas a la espalda, con una cuerda alrededor del cuello. De nuevo rogó la libertad de sus parientes, ofreciendo a cambio al prisionero que tenía junto a él. Y de nuevo el testarudo oficial renunció a liberarlos.

Para Cochise, y para el resto de los apaches, no había nada más fuerte que los lazos que los unían con sus familiares. Un oscuro grito de ira brotó de su pecho directamente hacia aquel insolente jovencuelo de ridícula perilla, vestido de uniforme azul. De buena gana Cochise hubiese ordenado a sus guerreros que atacasen, pero todavía tenía esperanzas de rescatar a su esposa, su hermano, sus hijos y sus sobrinos. El lazo más fuerte lo tenía con su hermano menor, Coyuntara, un gran luchador y magnífico jinete cuyo nombre sacudía de terror los corazones de los mexicanos.²⁸ Debido a la posibilidad de conseguir liberar a Coyuntara y los demás, Cochise soportaría la arrogancia de aquel militar estadounidense durante un rato más.

Sus exploradores habían descubierto una hilera de carromatos

cargados de harina, procedente de los mercados de Nuevo México, aproximándose por el paso occidental.²⁹ Los hombres de la expedición, tres estadounidenses y nueve mexicanos, no presintieron que hubiese nada fuera de lo común. Aquella tarde los apaches de Cochise prepararon una emboscada justo a los pies de la colina oriental. El convoy de mercancías cayó fatídicamente en la trampa y en cuestión de minutos una docena de hombres fueron capturados.

Cochise no sintió el menor síntoma de piedad hacia los mexicanos. Una y otra vez, aquella gente había engañado y traicionado a su pueblo. Incluso ofrecían recompensas a cambio de cabezas de mujeres y niños apaches. En ese momento los nueve cautivos mexicanos no representaban nada útil para los propósitos de Cochise. Los entregó a sus hombres, quizá también a sus mujeres, quienes sí sabrían qué hacer con ellos. Ataron a los mexicanos por las muñecas a las ruedas de los carromatos y después les prendieron fuego. Los prisioneros murieron abrasados.

Los otros tres prisioneros blancos, creía Cochise, deberían servir para equilibrar la oferta frente al alférez estadounidense. Aquella tarde, el jefe ordenó a Wallace que escribiese una nota en inglés. El mensaje rezaba así: «Trata bien a mi gente, y yo trataré bien a la tuya». En la misma colina donde ese mismo mediodía Cochise había gritado hacia Bascom, sujetaron la nota a una estaca y la dejaron allí para que la recogieran los soldados.

Un velo de confusión rodea los acontecimientos en este punto. Según una versión, la nota no fue descubierta hasta dos días más tarde, un retraso crucial. Pero Bascom, en su informe oficial, señala que leyó el mensaje el mismo día que éste fue colocado.³⁰ En cualquier caso, Bascom no hizo nada y con su pasividad condenó a los rehenes que Cochise tenía en su poder.

¿Por qué, se pregunta uno, Bascom se negó a creer que Cochise decía la verdad cuando declaró no saber nada acerca del muchacho secuestrado? Algunos testimonios afirman que cuando

Bascom rechazó el trato donde se le ofrecía a Wallace, un veterano, un inteligente sargento, ante el escaso conocimiento mostrado por su superior, abogó con tanto ímpetu para que aceptase el acuerdo que el alférez mandó arrestarlo por insubordinación.³¹ ¿Ocurrió esto, como sugiere un erudito, porque el alférez interpretó sus órdenes, recibidas por escrito y redactadas de un modo imperioso, como la exigencia de tratar a Cochise con dureza, fuese culpable o inocente?³² ¿O Bascom pertenecía a esa clase de hombres que no toleran ambigüedades y contemplan el devenir de los hechos como meras distracciones ante la pureza de su propia teoría? ¿Había decidido de antemano que Cochise tenía al muchacho y que todas sus protestas, y sus desesperadas contramedidas, no eran sino la confirmación de su culpabilidad?

¿O era, y esto es más patético, una simple maniobra para salvar la cara ante sus soldados, que habrían efectuado una marcha de cinco días para nada? ¿O era un modo de mantener orientadas las ambiciones que lo habían llevado desde West Point hasta aquel destino en el desierto?

Como Bascom no respondió al mensaje, Cochise dio por perdidas todas sus esperanzas de lograr una negociación. Trataría de rescatar a sus parientes por la fuerza. Y se retiró al sur, a las montañas de los chiricahua, para preparar su estrategia.³³

Durante dos días nadie vio un solo apache por los alrededores de la estación de Butterfield. El día 8 de febrero, dos hombres condujeron una recua de mulas pertenecientes al ejército hasta los manantiales situados a poco menos de seiscientos metros de la estación. Justo cuando los soldados habían osado creer que los indios se habían retirado de una vez, una gran partida de apaches, desnudos de cintura para arriba y cubiertos con sus pinturas de guerra, realizaron una carga desde las cimas de las colinas. Los soldados respondieron al fuego y corrieron de vuelta a la estación, pero perdieron casi cincuenta y seis mulas. Este ataque era principalmente una táctica de engaño, pues pocos minutos después

otra banda de indios comenzó a disparar desde el lado opuesto.

Los muros de piedra cumplieron su propósito. Los más de cien guerreros de Cochise podrían haber tomado al asalto la fortificada construcción y matado a la mayoría de los cincuenta y cuatro soldados, si no a todos. Pero para ello hubiesen tenido que pagar un precio demasiado elevado; cuando la proporción era simplemente favorable, y no aplastante, los apaches renunciaban a atacar. La partida de Cochise se retiró hacia el sur.

Después de todas sus bravuconadas frente a Cochise, el ánimo de Bascom se había reducido a una irresponsable apatía. Si durante la tregua de dos días se había podido permitir creer que los apaches se habían retirado definitivamente, tras el ataque Bascom se comportaba como si estuviese rodeado por una horda de salvajes que vigilaba todos sus movimientos. En realidad, los apaches estaban cabalgando hacia México.

Durante seis días Bascom mantuvo a sus hombres encerrados en la parada de postas. Mientras tanto, él titubeaba y no hacía nada. Incluso falló al no enviar unas patrullas de exploradores para cerciorarse de si, en efecto, los apaches habían abandonado la zona. El día 7 de febrero había ordenado enviar a un correo a Fort Buchanan para solicitar refuerzos. Entonces, quizás humillado por la pérdida de todas sus mulas, se contentó con esperar a que otros soldados acudiesen en su rescate.

Por fin llegaron. Setenta dragones, soldados de caballería, procedentes de dos compañías al mando de un oficial de más graduación que Bascom. El 16 de febrero, ocho días después del último ataque, la reforzada tropa exploró las colinas circundantes al paso. No encontraron a un solo apache.

Dos días más tarde, un destacamento que se dirigía de vuelta al oeste sobre el paso de montaña no pudo dejar de notar algunos buitres trazando círculos en el cielo.³⁴ Lo que encontraron bajo la bandada de carroñeros los conmovió profundamente. Allí estaban los cuerpos de Wallace y los tres estadounidenses capturados en

la emboscada de la caravana de carromatos. Estaban mutilados, atravesados una y otra vez por las lanzas de los apaches. El cadáver de Wallace sólo pudo ser reconocido por los empastes de oro de sus dientes.³⁵ Bascom no supo determinar si las mutilaciones fueron infligidas antes o después de que muriesen.³⁶

Una semana antes, una patrulla del destacamento procedente de Fort Buchanan, el mismo que iba a rescatar a Bascom, se topó con tres apaches coyoteros que guiaban una partida de ganado robada en México.³⁷ El pelotón de quince hombres persiguió a los indios y los capturó. Aquellos hombres no tenían nada que ver con la confrontación que estaba desarrollándose a cuarenta kilómetros al este de allí; ni siquiera pertenecían a la tribu de Cochise, los chiricahua. En tales circunstancias, tal como quizá comenzasen a barruntar, su suerte estaba echada.

El oficial al mando de la expedición, de graduación superior a Bascom, enfurecido por el hallazgo de los cuerpos mutilados cerca del desfiladero, mandó ahorcar a los adultos que llevaba prisioneros. Esto incluía no sólo a Coyuntara y los dos sobrinos de Cochise sino también a los tres coyoteros, que no eran culpables de otra cosa más que de robar ganado en el extranjero. Hay que señalar a favor de Bascom que éste se opuso a las ejecuciones, pero sus objeciones fueron rechazadas por su superior.

Cuatro hermosos robles se alzaban próximos a las recientes tumbas de las víctimas de Cochise. Bascom llevó a los seis indios hasta aquel punto y, a través de un intérprete, les contó lo que les iba a suceder. Los apaches suplicaron que los fusilasen en vez de colgarlos y que les diesen whisky, pero Bascom hizo caso omiso de los ruegos. Un hombre «imploró lastimeramente por su vida» mientras que otro, quizá Coyuntara, comenzó a cantar, a danzar y declaró estar muy satisfecho de sí mismo pues «había matado a dos mexicanos el mes anterior».

Bascom ató a los cautivos de pies y manos.³⁸ Seis soldados lanzaron sus lazos sobre las robustas ramas de los robles.³⁹ Pusieron

las sogas alrededor del cuello de los apaches y los alzaron al aire... «tan alto que ni siquiera los lobos podrían alcanzarlos». Meses después sus esqueletos todavía oscilaban colgados de las cuerdas.

Dejaron en libertad a la esposa de Cochise y a sus dos hijos. Uno de ellos, Naiché, llegaría a ser el último jefe de los chiricahua libres.⁴⁰

En su informe oficial Bascom distorsionó y omitió muchos acontecimientos y en ocasiones mintió descaradamente.⁴¹ En vez de admitir que Cochise se había abierto paso rajando la lona de la tienda y escapó para ponerse a salvo, Bascom declaró que había dejado al jefe indio en libertad con la promesa de que éste trataría de encontrar a Félix Ward y que regresaría al cabo de diez días. En vez de aceptar que el empleado de Butterfield murió como consecuencia de los disparos de sus soldados, Bascom dio a entender que había muerto a manos de los indios. Tampoco asumió ninguna responsabilidad por la pérdida de todas sus mulas.

Bascom también había perdido dos hombres, y varios más estaban heridos. El alférez estimó que sus tropas habrían causado entre cinco y veinte bajas entre las filas chiricahua (los apaches admitirían más tarde que fueron cuatro).⁴² Como recompensa a sus esfuerzos, Bascom fue recomendado oficialmente para un ascenso y en breve lo promocionaron primero a teniente y después a capitán.⁴³ Pero no disfrutaría mucho de tales honores: un año después de su enfrentamiento con Cochise, moriría en una batalla en Nuevo México.

La catástrofe de Siphon Canyon creció hasta convertirse en un notable hito entre los apaches.⁴⁴ Generaciones de padres les contaron la historia a sus hijos hasta que ésta llegó a formar parte del reino del folclore, conociéndose simplemente como «la lona rasgada» o «la huida a través de la lona rasgada».

Uno de los guerreros de Cochise que en 1861 ayudó a quemar vivos a los nueve mexicanos era un astuto e inteligente hombre de treinta y ocho años.⁴⁵ Cuando las llamas se iban acercando a los

desdichados carreteros, probablemente escuchase sus histéricos chillidos. Es posible que clavase su lanza o cortase sus cuerpos mientras estaban vivos. Una fuente datada diez años antes de este suceso informa que dicho guerrero albergaba un odio hacia los mexicanos más profundo que el de Cochise. Para los estadounidenses todavía era un perfecto desconocido, se llamaba Goyahkla, que significa «el que bosteza».

Los mexicanos lo conocían como Jerónimo.